



LA BASILICA TERESIANA



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 40

Salamanca, Octubre de 1917

Año IV

UN ESPAÑOL INSIGNE Y UN GENEROSO DEVOTO TERESIANO

EL CONDE DE CERRAGERÍA

Yo tenía algunas noticias acerca del Excmo. Sr. Conde de Cerragería, las que juzgo tiene todo español que no le trate personalmente. Se reducían estas noticias a saber que la apertura del trascoro de la Catedral de León, importante mejora artística de la *pulchra leonnina*, se debe a su generosidad; que el hermoso y educador cuento de Nogales *Las tres cosas del tío Juan*, se había publicado a sus expensas; que él había sido el autor del generoso rasgo de llevar a los pobres ciegos a una representación de *Marianela*, y por lo que a esta revista toca y a las obras de la Basílica de Santa Teresa de Alba de Tormes, que todos los años por esta época me decía el Sr. Obispo, mi amado y respetabilísimo amigo el Excmo. Sr. Dr. D. Julián de Diego y G. Alcolea:

«Tenemos *dos mil pesetas* del Conde de Cerragería; es donativo anual; cuando lo consigne que no se olvide de poner Cerragería con *g*, no con *j*».

Esto era lo único que yo sabía de este ilustre español.

Pero este año el Conde de Cerragería ha tenido la suma amabilidad de honrarme con cartas, en las que en una me enviaba la obra que sobre Cavanilles, el famoso botánico, su antecesor, ha escrito Reyes Prosper y editada espléndidamente por el Conde, y en otra dos mil pesetas para las obras de la Basílica de Alba.

Entonces me pareció que debían conocer los lectores de LA BASÍLICA TERESIANA el desprendimiento y generosidad del insigne prócer, para estímulo y ejemplo de los amantes de Santa Teresa. Para realizar mi idea me dirigí al propio Sr. Conde pidiendo su retrato y algunos datos de su vida; pero el Sr. Conde, con mucha gentileza y discreción, eludió la respuesta, y en cuanto a su retrato, dijo que siempre lo había negado, que no se publicaría jamás.

¿Qué hacer en estas circunstancias? Enemigo de las fáciles prosas laudatorias con los repetidos tópicos, prefiero decir poco y sentido a ponderar lo que ni entiendo ni conozco.

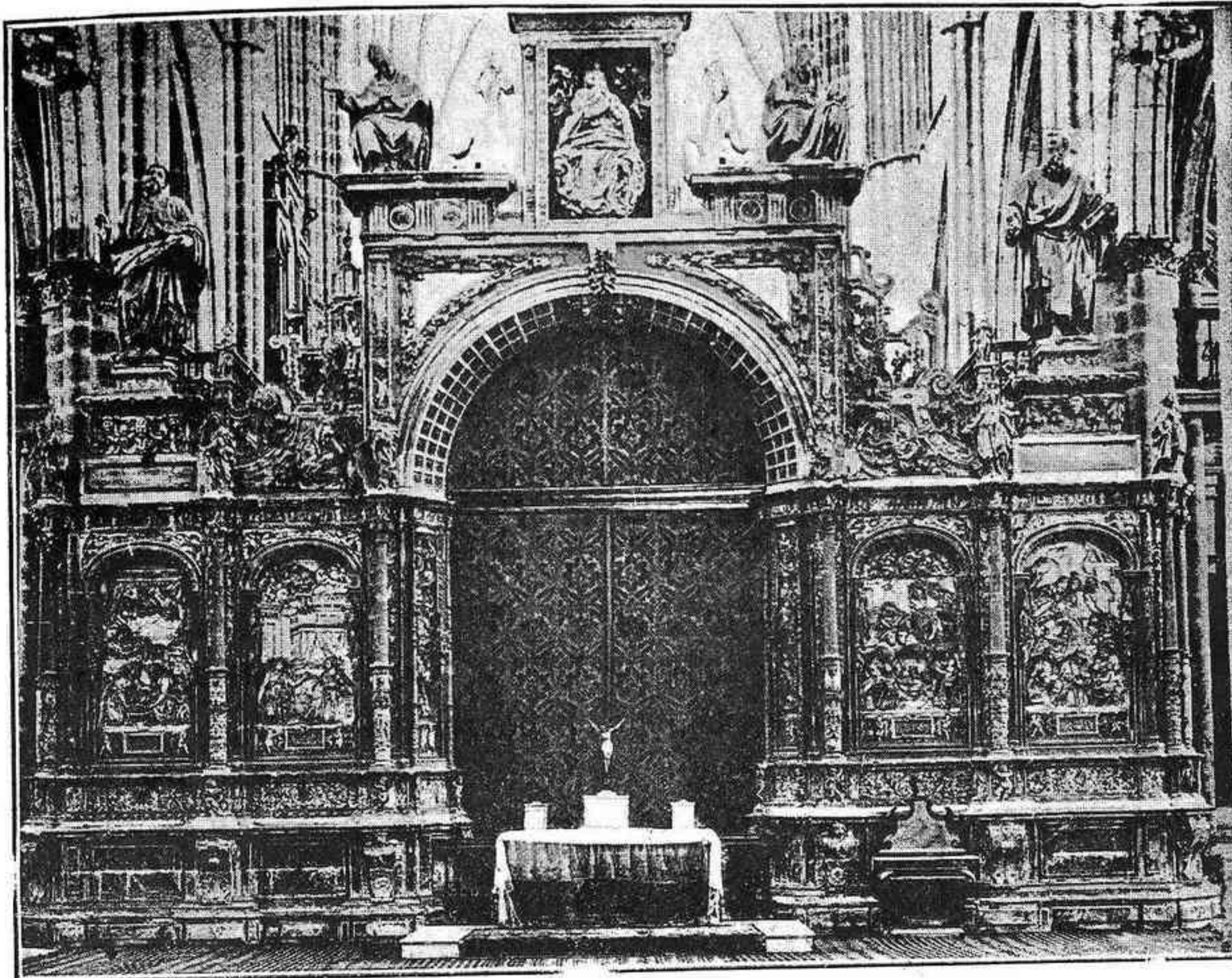
Entonces me acordé haber leído un artículo sobre los Cavanilles, original de mi bondadoso maestro y amigo el catedrático de Lengua hebrea en esta Universidad D. Pascual Meneu, gran amigo de nuestro Conde, y buscado sin gran dificultad en la colección de *El Adelanto*, diario local salmantino, he aquí los principales párrafos del Sr. Meneu, en los que cuenta episodios de la vida del excelentísimo Sr. Conde de Cerragería:

«El Conde de Cerragería, llamado en el bautismo José Cerragería y Cavanilles, es uno de ellos por línea materna: la Excma. Sra. D.^a Antonia Cavanilles y Federici, su buena madre, le cedió la sangre de sus venas, la religiosidad de su alma y el ilustre apellido de los inmortales Cavanilles, D. Antonio José Cavanilles, eximio botánico, padrino de pila del historiador y el literato D. Antonio Cavanilles y Centi.

El Conde de Cerragería estudió con aprovechamiento la carrera de Filosofía y Letras, en la que le ayudé enseñándole lengua arábiga que aprendió con singularísima aplicación y lucimiento, como las demás asignaturas de la Facultad, y las de la carrera de Derecho, sección de civil y canónico y la de administrativo.

Cuando tenía aprobadas todas las asignaturas de las tres carreras, incluso las de los doctorados, enfermó D. José Cerragería Cavanilles, por lo que se quedó con todas las asignaturas de los doctorados cursadas, pero sin poder graduarse y tomar las borlas, lo cual le fuera hacedero ahora, sin molestias, en virtud del Real decreto del Sr. Burell suprimiendo las tesis doctorales y las reválidas; mas el Conde de Cerragería profesa culto a la hidalguía, delicadeza y pulcritud en todos los órdenes de la vida, y seguramente estimará padrón de ignominia en sus brillantes estudios doctorarse y salir por la puerta de los carros, ahora puerta de Burell.

Distínguese este noble caballero de Santiago, verdadero caballero de la no-



TRASCORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN:
PUERTA QUE CERRABA EL ARCO ANTES DE
TERMINARSE LAS OBRAS DE LA REFORMA
IDEADA POR EL CONDE DE CERRAGERÍA.

bleza castellana, en fomentar y patrocinar ideas y obras que confirmen la excel-situd de la religión, lo inmarcesible de la Patria española y lo preclaro de su pro-genie Cavanilles.

En la Catedral de León mejora su artístico coro, rasgando galanamente el tras-coro para iluminar con la luz divina del sol, señora de todas las bellas artes, las primeras creaciones artísticas de la sillería del coro, crucero y presbiterio, aumentando la perspectiva total, mutilada en la sutil Catedral de León, como en las restantes de España, por los muros que aíslan los coros del resto de nuestras hermosas Catedrales. Cerragería, con la venia del Cabildo leonés, ordena labrar una exquisita balaustrada de bronce, obra artística de diseño y forja, con lindas estatuitas de Evangelistas y Santos Padres, que sirven de acrotería a las pilas-tras renacimiento en armonía con la portada de entrada al coro. Con esta verja se obra el milagro de exhibirse de una vez a la contemplación del visitante del coro, nave central, crucero y ábside, que sólo parcialmente podía admirarse an-tes de la reforma Cerragería».

Debemos añadir a lo tan bien dicho por el Sr. Meneu que la per-sona a quien confió el Conde de Cerragería la ejecución de su idea fué el insigne orfebre español, el presbítero D. Félix Granda y Buy-lla, nuestro admirado y cordial amigo. La idea del Conde está fe-liz mente interpretada. Compónense la puertas, según se ha indica-do, de dos hojas de cristal, dos magníficas lunas, que por medio de correderas se deslizan a uno y otro lado, desapareciendo tras los muros del tras-coro, merced a un carril basado en el pavimento y a una cornisa que limita el cuadro. En la parte superior, cubre el medio punto del arco otra luna fija. La armadura de estas puertas es de bronce dorado, sencilla, ligera, con el fin de quitar toda la po-sible opacidad a aquel espacio y la recubre un fino cincelado. El efecto logrado así a cierta distancia es que todo el espacio queda libre, cubierto por el clarísimo espejo.

Para proteger la puerta existe, como hemos indicado ya, en la parte inferior la artística verja en la que el Sr. Granda ha hecho primores. Cada uno de los detalles ornamentales merecía ser re-producido fotográficamente en nuestras páginas y para el que no haya visitado la Catedral de León, nos permitimos recomendarle el interesantísimo libro *Impresiones de un viajero. Una visita a León*, por L. R. primorosamente editado en los talleres de Mateu, 1916, en el mes de Julio del año tricentenario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, donde encontrará hermosísimos fo-tograbados que le ahorren casi la visita a la *Pulchra Leonnina*.

Otras muchas pruebas ha dado este insigne Mecenas de las Ar-tes y las Letras, de su entusiasmo culto y generoso. Pero quiero ci-tar finalmente la estatua ecuestre del Apóstol Santiago, de cuya or-den nobilísima es tan esclarecido Caballero el Conde de Cerrage-

ría, por él costeadada, existente en el Convento de las Comendadoras de Santiago, en Madrid.

Y paso a ocuparme de la obra por él últimamente editada sobre el famoso botánico el inmortal Cavanilles.

Así se titula: *Dos noticias históricas del inmortal botánico y sacerdote hispano-valentino D. Antonio José Cavanilles por D. Antonio Cavanilles y Centi y D. Mariano La Gasca con anotaciones y los estudios biobibliográficos de Cavanilles y Centi y de La Gasca por el Dr. Eduardo Reyes Prósper, Catedrático de la Universidad Central.*

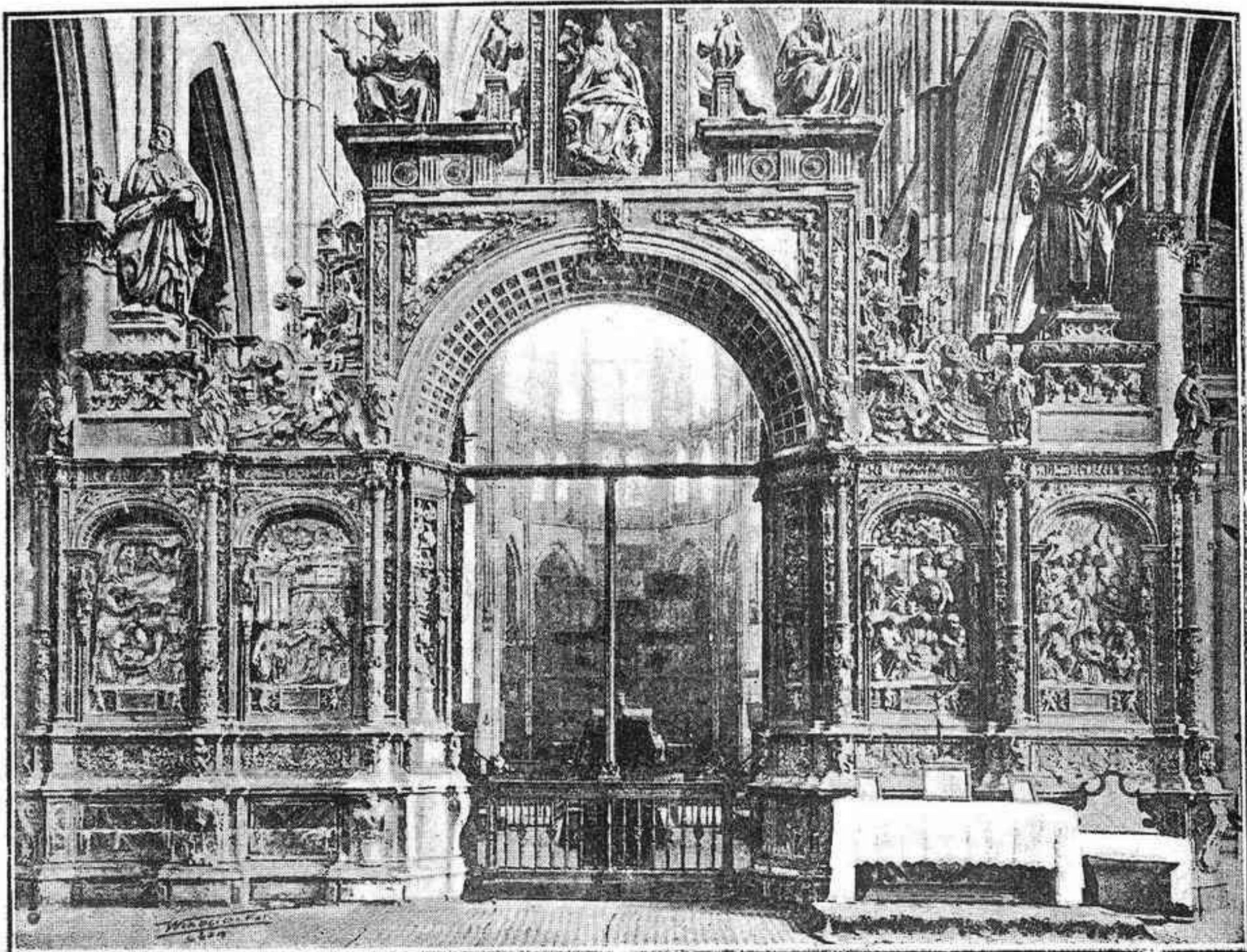
Acabamos de leerla y un perfume de idealidad, de aristocracia, de españolismo y de ciencia trasciende de este elegante volumen, que también su misma riqueza tipográfica está a tono con el alto linaje de los autores que lo ilustran.

Y este deleite ha sido en mi alma tanto mayor—aun siendo profano en los estudios botánicos—cuanto se trata de una figura insigne de nuestro calumniado siglo xviii. Alguna prueba ha dado el que esto escribe de su respeto y amor a la antepasada centuria, a ese maltratado siglo del que aprendimos en multitud de librijos a denostar sin conocer, contentándonos con hablar de mal gusto, de imitación servil a las letras francesas y de aplanamiento nacional tanto en el orden científico como histórico y social.

No, el siglo xviii es un siglo de juventud, de renovación, de progreso y de crítica. En el siglo xviii abundan en nuestra misma Patria matemáticos y geógrafos como Jorge Juan y Ulloa, botánicos y exploradores científicos, entre los que descuella el gran Cavanilles, bibliógrafos y eruditos, historiadores y críticos no superados hoy como el P. Florez, eruditos como Sarmiento, Salafranca, Feijóo, Mayans, Isla, Losada, Pérez Bayer, Luzán, Muñoz, Masdeu, Torres Villarroel, Cadalso, Jovellanos, Meléndez y Moratín, y tantos otros que preparan, no se puede dudar, el renacimiento científico, literario y social del siglo llamado de las luces, cuya aurora y primeros resplandores nacen en el vilipendiado siglo xviii.

A este siglo pertenece la sugestiva, amable figura del inmortal botánico y virtuoso sacerdote valenciano D. Antonio José Cavanilles.

De la trascendencia de los trabajos y valía de este sabio basta considerar que rectificó y aumentó los descubrimientos del gran Linné, pues en uno solo de sus libros describe Cavanilles cuatrocientos géneros, entre ellos diecinueve completamente nuevos y las especies allí estudiadas alcanzan la enorme cifra de mil ciento sesenta y ocho.



VISTA DE LA NAVE CENTRAL DE LA BELLÍSIMA
CATEDRAL DE LEÓN A TRAVÉS DE LA NUEVA
PUERTA DE CRISTALES DEL TRASCORO, COSTEADA
POR EL PROPIO ILUSTRE CONDE DE CERRAGERÍA.

Agreguemos, finalmente, que la memoria del Director del Jardín botánico de Madrid, del insigne Cavanilles, perdurará eternamente en los fastos de la ciencia española con más perpetuidad aún que el árbol que lleva su nombre en las cumbres majestuosas de los Andes.

Réstanos decir algo del ilustre ahijado y sobrino del inmortal botánico, del historiador y literato D. Antonio Cavanilles y Centi, padre de la virtuosísima madre de nuestro insigne patricio el excelentísimo Sr. Conde de Cerragería.

La Excma. Sra. Condesa, viuda de Cerragería, y su hermano el Dr. D. Antonio Cavanilles y Federici completaron el tomo quinto de la *Historia de España* con los capítulos que su buen padre dejó redactados antes de morir y su nieto el actual Conde editó en 1909 las *Cartas y discursos académicos*, éstos contestación a españoles tan ilustres como Canga Argüelles, D. Modesto Lafuente, D. Manuel Colmeiro, D. Pedro de Madrazo y D. Vicente Vázquez Queipo, todos eruditos, especialmente el último por los interesantísimos datos arqueológicos y numismáticos allí vertidos por el historiador Cavanilles.

Las cartas van dirigidas a la famosa escritora *Fernán Caballero* y versan precisamente sobre la restauración del sepulcro e inhumación de las Cenizas del Cardenal Ximénez de Cisneros, cuyo cuarto centenario se cumplirá dentro de bien pocos días, ya que la muerte del insigne político acaeció el día 8 de Noviembre de 1517.

Tal es a grandes rasgos la sucinta idea de los personajes ilustres a los que el Conde de Cerragería, celoso de la fama y buena memoria de sus antepasados, unido al sabio catedrático de la Central Doctor Reyes Prosper, ha sabido rendir piadoso y justo tributo de admiración y respeto con la hermosísima publicación, cuya sucinta nota bibliográfica acabamos de hacer.

Y sea el agradecimiento más gentil y la ofrenda más delicada a este insigne prócer terminar con sus propias palabras, poniéndolas a los pies de su ilustre madre la Excma. Sra. D.^a Antonia Cavanilles y Federici, Condesa viuda de Cerragería:

«En loor de la Sabiduría, y de la nacional cultura; por el amor patrio y la ciencia de erudito maestro, doctamente anotado y enriquecido, acepte, Madre mía, este homenaje. Juntos ofrezcámoslo a la memoria esclarecida de nuestros ínclitos Mayores.—*El Conde de Cerragería*,».

Antonio GARCÍA BOIZA.

REPARACIÓN DE JUSTICIA

LO DE LA VERJA A LA ESTÁTUA DEL PADRE CÁMARA

LA BASÍLICA TERESIANA, que hace años llamó la atención de las autoridades sobre el abandono en que se hallaba la estatua del inolvidable y amadísimo P. Cámara, no podía permanecer indiferente, en la simpática campaña, iniciada recientemente en la prensa local y vallisoletana por nuestro estimado compañero en la prensa local señor Conejo Alaguero, el cual ha logrado formar ambiente favorable para que en el más breve plazo sean colocados en derredor de la estatua del inolvidable Prelado unos artísticos jardines, que resguarden de las iras infantiles y de la incultura ambiente el pedestal de aquélla.

Hace tiempo que esta medida se debió de realizar como solicitamos y ha pedido tantas veces nuestro querido amigo el inteligente concejal señor Pérez Criado, a cuya actividad y buen deseo se debe el éxito de esta periodística campaña, en la que no precisamente se solicitaban la colocación de unos jardines, sino de una verja, como se merecía nuestro llorado fundador, pero la penuria del municipio hace que ahora no se pueda cumplir un acuerdo que hace UNOS ¡¡CUATRO AÑOS!! se tomó en tal sentido.

Y la misma suerte hubiera corrido la iniciativa actual si los citados y excelentes amigos no la hubieran acariciado hasta casi verlo convertido en realidad, pues tal supone el hecho de que el señor Alcalde, en su reciente viaje a la corte, haya visitado varias estatuas, alrededor de las cuales existen jardines, para elegir un modelo. Y, según nuestras noticias, ya ha sido encomendado al experto jardinero municipal, el cual sabemos ha prometido hacer una cosa artística y duradera.

Sea así ya que no se defienda la estatua del sabio Obispo con la necesaria verja que increíble parece que la necesite la de tan preclaro varón y enclavada como está al lado de la Universidad, de la Catedral, de la Escuela Normal de Maestros y hasta hace poco junto al Gobierno civil y cuerpo de vigilancia. Con la misma amargura que antaño repetimos hoy: «No es menester que el Aquilón los lance, los bárbaros están dentro de Roma».

La Redacción.

En el mes del Rosario

Ya anochece más pronto... De las riberas y regatos suben oleadas de frescor... Las estrellitas brillan en el cielo como macizo de crisantemos, las flores frías y luminosas del otoño.

Vuelven las vendimiadoras... El vaho de las uvas maduras con las risotadas de la gente moza estremece nuestros sentidos. El hogar está repleto... Sube la llama lamiendo los llares, y los rostros de la tertulia labriega se avivan... Un mastín que dormía bajo el escaño se marcha refunfuñando... Tocan las campanas con repique muy alegre. Mañana es la fiesta de la Santísima Virgen del Rosario... Este sábado es dulzón, de noche muy clara, con estrellitas menudas, como perlas del Rosario de Nuestra Señora...

La procesión... Es una aldea del campo de Salamanca. Y son las tres de la tarde de un día de Octubre muy azul, de sol un poco pegajoso; hace calor... El pueblo canta el Dios te salve, María, contestando otro coro Santa María, Madre de Dios... El que no haya oído esta música y en este día no se formará idea de lo que es... Las andas de la Virgen están en el suelo y los devotos de rodillas. La procesión hace un descanso... Los hombres con sus ropas mejores lucen los deshilaos de lienzo crudo... Sus rostros tranquilos, gozan la tregua de la penosa brega de la recolección. También las mozas tienen más blancas sus caras quemadas por el sol implacable de Julio y Agosto... Al salir la procesión al ejido las miradas de los labriegos se deleitan en aquellas eras ya verdecidas por las lluvias otoñales y por donde buscan los granitos dorados de trigo, los azulados de las algarrobas, los pavos, gallinas y palomas de la aldea...

Estos campesinos miran sus eras como el atleta la arena, con un gesto de pujanza y de bizarría... y luego al llegar al otero la llanura se esfuma en el azul lejano de los encinares y parece que la amotosa tierra reclama de nuevo los brazos y el culto del trabajo y en sus ojos hay un gesto de águila escrutadora.

Y la Virgen blanca, de rostrillo de pedrería y hollando la media luna que resfulge con el sol, vuelve a su Iglesia escoltada por aquellos pechos nobles, de rostros atezados, de andar pausado y grave... Con la anguaina al hombro, los brazos cruzados sobre el pecho, su airoso calzón y los enormes zapatos de oreja, remedan gentes de antaño, comuneros de Castilla, soldados de Flandes, hijos del pueblo español, amantes de sus tradiciones, guerreros del hermano bastardo de Filipo II. Y en el azul del cielo castellano lleno de luz de este domingo de Octubre boga una nave blanca mensajera de paz, de rescate y de perdón, la Virgen Santísima del Rosario en el esquife de plata de la media luna prometiendo la bienaventuranza a los que pelean por el triunfo de la Cruz...

Esta tarde hace trescientos cuarenta y seis años que nuestra armada aniquiló al turco en las aguas de Lepanto... Y en esta ocasión, la más alta que contemplaron los siglos, fué gloriosamente herido Miguel de Cervantes Saavedra... Por las calles de Roma un Pontífice rezaba en esta hora el Santísimo Rosario implorando el triunfo de la batalla y toda la cristiandad unía sus plegarias a las del Santo Padre... ¿Uniremos hoy las nuestras a las de nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV para que la paz reine en Europa? Hagámoslo y pidamos la deseada paz en este mes del Rosario con esta oración que es la más querida de nuestra Santísima Madre la Virgen María...

7 Octubre, 1917.

GAB.



RETABLOS ⁽¹⁾

LEMA: CON MI PINCEL.

I

HUESPED DIVINO

Vestido de mendigo, triste, lento
y con la faz de palidez cubierta
el Divino Jesús llamó a mi puerta
una noche invernal de lluvia y viento...

— ¡Abre! — exclamó con el doliente acento
con que suspira el pájaro en la huerta.
— ¡Mi puerta para Tí siempre está abierta!
¡Entra, Dulce Jesús, entra al momento!...

Y en mi hogar penetró... Sentóse al fuego
y en él secó su túnica de estambre...
Agua y moreno pan le ofrecí luego...

— ¡Bendito seas, — dijo con dulzura, —
porque con blando pan sacias mi hambre,
porque sacias mi sed con agua pura!...

II

ESCENA BIBLICA

En un arroyo azul lava María...
En el agua se miran las palmeras,

(1) Tríptico premiado en Sevilla.

cuyas hojas las auras placenteras
agitan débilmente... Nace el día...

La gárrula y sentida melodía
de las aves graciosas y parleras
rueda sobre el verdor de las praderas
sobre las que su luz el sol envía...

Entre las flores de un alcor vecino
contempla el cuadro el Redentor divino
con la sonrisa en su melíflua boca...

Se estremecen las cañas amarillas...
Y dos tórtolas, blancas y sencillas,
se besan con amor sobre una roca...

III

EN EL CAMINO

Bajo el celeste azul la niña bella
regresa de la fuente cantadora;
hay en sus ojos claridad de aurora
y en su semblante palidez de estrella...

Cubierto de sudor se acerca a ella
un Caminante a quien la sed devora...
Con voz débil, suave, arrulladora
un sorbo de agua pide a la doncella...

La hermosa joven, palpitante el seno,
le dice al punto: - El cántaro está lleno...
Pasajero, bebed; que no se agota...

Empieza a beber agua... Y, al beberla,
por su barba de sol rueda una gota
que se convierte en irisada perla...

Miguel R. SEISDEDOS.



Estudios de investigación histórica

BONIFACIO VIII Y LOS CARDENALES COLONNA

CONSIDERANDO la importancia que tiene el aportar materiales para facilitar las investigaciones históricas, reducimos nuestra labor en el caso presente a dar a conocer un documento, acompañándolo de una ligera glosa, para indicar el juicio que de él hemos formado; indicación que no es óbice para que investigadores más peritos, o con más medios, puedan corregirnos (1).

No hemos podido averiguar quién es el autor de la relación que vamos a transcribir, ni cuándo se escribió, ni quién fué el que la insertó en el códice donde hoy se encuentra. Por la letra no parece escrita antes del siglo xv, posterior, por tanto, en un siglo al hecho que relata, según nuestra interpretación; por el contexto puede colegirse que se trata de una copia de un original más antiguo, y quizá más extenso. El hecho que narra, en nuestro entender, está relacionado con la rebelión de los Colonna en tiempo de Bonifacio VIII, aunque pudiera no ser así, porque no consta en parte alguna, ni la fecha en que los sucesos que refiere tuvieron lugar, ni indica el nombre del Pontífice.

Conocido es que Nicolás III, de la familia Orsini, hizo Cardenal diácono de Santa María *in via lata* en 1278 a Jacobo Colonna, hijo de Odón, noble romano, y diez años después, Nicolás IV concedió el capelo, con el título de Cardenal diácono de San Eustaquio, a Pedro Colonna, noble romano, hijo de Juan (2).

(1) Mans. de la Bib. Univ. de Sal. Señalado con el número 459 del Catálogo. Ocupa solamente el f. 196.

(2) Ciaconius. *Vitae et res gestae pont. roma. et S. R. E. card.* Roma. 1677.

Estos personajes tropezaron en su carrera con un hombre de gran carácter, con el Cardenal presbítero de San Martín, luego Papa con el nombre de Bonifacio VIII, y las diferencias que hubo entre ellos se tradujeron en luctuosos sucesos en los días de Bonifacio VIII.

Aunque tanto Platina, como Pipino (1) cuando hablan de este Pontífice, dicen que una vez en posesión del capelo aspiró a ser elegido Pontífice, que usó para conseguirlo todo género de medios, y hasta llegan a apuntar que no fué espontánea la abdicación de Celestino V, nosotros, que no tenemos que ventilar estos extremos, nos creemos obligados a apuntar que en obra tan seria como la *Historia de la Iglesia* del Cardenal Hergenröther (2) se refutan esos argumentos, y se declaran las razones por las cuales fué legítima la abdicación.

Este mismo autor (3) en un párrafo que dedica a los incidentes de la lucha entre el Pontífice y los Colonna, nos da base para suponer que los hechos que consigna la relación que copiamos a continuación tuvieron lugar entonces, porque dice: «quedoles únicamente la de Palestrina, en la que se sostuvieron los Cardenales cismáticos hasta el mes de Setiembre de 1298, en que tuvieron que entregarse a discreción y pedir misericordia».

Pues bien, en la relación, copiada a la letra, leemos lo siguiente:

«Post rebellionem Columpnensium tractata est concordia inter dominum Summum Pontificem et ipsos Columpnenses, et missus est ad ipsam tractandam dominus Bucamacius, episcopus Tusculanus, ad montem Penestrine, et Lucas Sabilensis et duo iudices de vrbe (4), quorum tractatu deliberauerunt Columpnenses accedere ad

En la col. 265, dice: «Petrus Columna, nobilis Romanus, Joannis filius, et Jacobi Cardinalis nepos, vxorem habuit, qua se Monasterio includente».

(1) Platina. *De vitis Pontificum*. Venetia. 1511. Chronicon fratris Francisci Pipini. Inserto en Muratori (*Rerum ital. scriptores*) t. IX.

(2) Traducción castellana de F. García Ayuso. Madrid. 1885. Lo referente a la abdicación de Celestino V, t. III, págs. 608-09.

(3) Obra cit., págs. 611-12.

(4) De estos personajes creemos haber hallado citas. Ciaconius, ob. cit. t. II, habla de Joannes Buccumatius, romano, Cardenal y Obispo de Tusculo; y Baronio en sus *Annalium*, t. XIV, 61, dice: «Gentile Vrsino et Lucae Sabello, Senatoribus romanis, vt bona mobilia et immobilia, intra et extra urbem possent justo pretio emere, indulxit». Esta autorización fué concedida por Benedicto XI, y pudiera ocurrir que Lucas Sabello fuese el mismo personaje de la relación, por su condición de Senador de Roma, título pomposo, que durante mucho tiempo ostentó esta familia. Aunque en la magistratura romana de la época figuran los jueces, la vaguedad de la cita en el texto hace imposible cualquier ensayo de identificación.

ciuitatem Reate propter magnas promissiones reconciliationis ipsorum quam ipsi nuntii exponebant. Qui Columpnenses dum se Reate coram Summo Pontifice putare uellent, ipse Summus Pontifex ante additum ipsorum ad eos fecit singulos cardinales et prelatos in sua presentia congregari; et indutus pontificalibus coronam imperii sibi posuit supra caput. Post hec dum ipse Papa per multos se faceret armigeros custodiri mandauit, quod ipsi Columpnenses haberent additum coram eo. Qui in janue introitu, medio sale, et postea prope eum, ter genuflexerunt ad eundem Pontificem nihil oretenus proferentes, in cuius Pontificis presentia, clerici et laici constituti, locutus est dominus Jacobus alta uoce, facie et uultu verso ad celum, dicens: Domino Deo suo, afflixisti nos Deus, propter iniquitates nostras, sed saluabis nos secundum magnam misericordiam tuam, et submisit; ne reminiscaris, Domine, delicta nostra et parentum nostrorum, neque vindictas sumas de peccatis nostris, sed miserere mei tantum modo, Deus noster, miserere mei, Deus omnium?, et respice nos et non dimittas nos perire secundum peccata nostra, quia manus tue, Domine, fecerunt et plasmauerunt nos, et ideo non repente precipites nos; veniat igitur misericordia tua super nos, que filium tuum incarnari fecit, et in cruce pependi, et in die tertia resurgi. Cuius sermone completo se posuit in loco infimo ad sedendum a moto caputio. Surrexit Petrus de Columpna et ait: Pater, peccaui in celum et coram te, et iam non sum dignus uocari filius tuus; fac michi sicut vni ex mercenariis tuis; subiunxit, tu es Petrus, Petrus, inquam potestate, auctoritate et vniuersalitate; auctoritate dico, quoniam quodcumque ligaueris super terram erit ligatum et in celis, et quodcumque solueris super terram erit solutum et in celis; potestate, quia de te intelligitur auctoritas illa que dicit: Potestas ejus, potestas eterna que non auferetur; vniuersalitate, quia quicquid potuit Petrus, similiter et tu potes. Et iterum ait: Sacro sancta mater Ecclesia gerit tipum lune propter proprietates naturales repertas in ipsa; habet enim luna secundum commentatores duos horizontes, vnum in oriente, et alterum in occidente: per vnum generatur fluxus et per alterum refluxus, quid enim per fluxum et refluxum maris designatur nisi status cuiuslibet peccatoris. Reuera per fluxum maris aqua dulcis sit amara, similiter peccator de casu in statu penitentie rediens Deo et angelis fiet dulcis, et ideo Ecclesia, que ipsam in mundo lunam proprie representat, debet habere duos pedes; pedem scilicet iusticie et misericordie; pedem iusticie ad fluxum adhibendum, et pedem misericordie ad refluxum terminandum. Et ideo scribitur in Apocalipsi Joanne: Signum magnum apparuit in celo et in mundo mulier, amicta sole, et luna sub pedibus eius, et ecclesia sub pedibus Christi, et in capite eius corona stellarum duodecim, et duodecim articulos fidei. Sed misericordia, ut ponunt philosophi, est res naturalis, et est res spiritualis: est res naturalis secundum quod inter ceteras naturas pullitica computatur, est res spiritualis secundum quod peccatori natura ad surgendum tabuit releuamen; et secundum vtramque viam humane nature potest similiter adaptari.

Misericordia igitur et ueritas veniat super vos: justicia et pax nos totaliter amplectantur. Post hec accessit ad sedendum. Dominus autem Papa eleuauit caput et respexit omnes in circuitu asistentes, dicens plano modo: In indignatione mea percussi te, affixi te, et ad extremum misertus sum tui. Altiori autem voce dixit: Jacob patriarcha habuit duodecim filios quorum aliquos benedixit et aliquos maledixit; maledixit igitur Simeonem et Leui dicens: Simeon et Leuy vasa bellantia, vasa iniquitatis in furore suo occiderunt virum et suffoderunt murum. Simeon et Leuy, Jacobus et Petrus, maledicti vasa bellantia, quia domus eorum domus belli; vasa iniquitatis, quia ini- que et serpentine in furore suo et in superbia sua occiderunt virum et vicarium Christi videlicet me quia in quantum uobis fuit non reman- sit mittendo litteras regibus, principibus, baronibus, abbatibus, prio- ribus et..., et suffoderunt nimium vanitatem sancte Ecclesie faciendo alibi? alteram ecclesiam in montibus Penestrine, et ideo propter ean- dem ipsorum culpam sequitur pena, et in eodem libro ubi dicit: Mit- tam eos in Jacob et in desolationem et despergam eos in Israel. Et conuersus ad Jacobum ait: Jacobe maledicte, homo nullius conditio- nis priuatus, omni dote natu nature, quia ydiota, balbutus, ypocrita et superbus, et omni virtute nudatus, non fuisti dignus cardinalatu, voluisti ponere os in celum et mergere nauem Petri. Et conuersus ad Petrum ait: Miser Petre, totus mundus sciat quod ego feci te cardi- nalem, quia tempore Nicolay quarti papunculi, frater latinus, hos- tiensis, cuius fama ascendebat in celum et cuius ossa sint maledic- ta, faciebat tibi in exceptionem de vxore habita ut nullo modo car- dinalatum adeptus esses. Et ego in tantum laboraui cum isto male- dicto Jacobo et cum papunculo, quod contra uoluntatem Vrsinorum factus es cardinalis; filius igitur meus spiritualis eras, sed male se- cutus fuisti uestigia patris tui, et ideo intelligitur de te auctoritas illa in Genesi posita: Ruben, tu, primogenitus meus, tu, principium do- loris mei, nunquam crescas, quia ascendisti cubille patris tui et re- uelasti pudenda ipsius. Miser Petre, tu habes optima naturalia, pul- cer homo es. Dictum est enim a pluribus. Tres sunt pulciores ho- mines mundi: rex Francie, frater Guillelmus de mutata predicator et persona tua tristis. Sed quicquid uobis faciam citra ignem erit misericordia.—Finis».

Que la reconciliación de los Colonna con Bonifacio VIII exigió un acto de sumisión al Romano Pontífice más o menos conforme con el que acredita la relación, es evidente, y pensamos que el tex- to que acabamos de copiar nos da idea de lo ocurrido con motivo de la sumisión de los Colonna. Faltos de medios para hacer estu- dios con apariencias de definitivos, nos vemos obligados a confesar que desconocemos si la cuestión que plantea la relación inserta está ya resuelta; si así fuese, sólo nos quedaría la satisfacción de haber

dado a conocer la existencia de una copia más, a la cual, como tal copia, le corresponderá un lugar en las familias de códices que se ocupan de este asunto.

A. HUARTE





LA SOTA DE COPAS

De día en día y por instantes íbanse poniendo en Villalejos las cosas de peor cariz y la vida cada vez más hosca y cara. Así, todo era difícil para el pobre, con jornales que milagro era rebasasen de la triste peseta, y sin algo que de trigo y demás de cosecha propia. Dígase si en tal caso era humanamente posible hacer frente a semejante situación. ¡Ni para deseada al enemigo más repulsivo y aborrecible! Años antes bien podían contar los pobres labriegos de Villalejos con media carga de trigo a precios corrientes y a cuenta de trabajo; la máxima no fallaba: el pobre necesitaba del rico, y en primavera y verano, el rico no podía aparejar las labores del campo y hacer la recolección sin la ayuda del pobre, y los negocios marchaban tal cual, si no es alguna que otra, tan dolorosa como inevitable desigualdad, que así las gasta la vida.

Gumersindo Galán, en cambio, alcalde y factotum del concejo, no podía decir lo mismo, desde que por malas artes se encaramara a las cumbres del caciquismo local y dedicárase al préstamo usurario entre sus compoblanos. ¡Ni él mismo hubiera barruntado la eficacia omnímoda, mágica de estos dos resortes para el doble fin de especulación y granjería y de sojuzgamiento y dependencia de voluntades!

Mandón y régulo de Villalejos y sus aledaños, con buenas paneras, bien forradito de... billetes de Banco ¡cualquiera se le atrevía! Mas, como por ley de compensación o de contraste, o acaso por desmentir el refrán conocido, la abundancia de harina no podía evitar la persistente mohina en la casa del alcalde constitucional de Villalejos, donde, con sobras de pan candeal, no había un solo momento de paz, maga hechicera que no oculta, antes, sí, a veces pro-

diga sus encantos aun en la choza del menesteroso. Las camorras y zarabandas estruendosas a puerta abierta eran diarias en la alcaldía, y ¡cosa más sencilla! como Gumersindo Galán no trillaba bien con su mujer, un tanto cuanto irascible, Dios bien sabe por qué, a socapa, según malas lenguas, quería trillar demasiado bien con las vecinas, a cuenta, por de contado, del trigo de la troj, que no por su bella estampa.

Esto había dado ocasión en el lugar a morrocotudas tracamundanas y enconadas reyertas al aire libre y serias amenazas al monterilla, sin que le valiera su autoridad ni la bula de Meco. A tanto, es claro, no podían extenderse, así como tampoco a impedir que corrieran, volaran, mejor diré, de boca en boca, intencionadas coplillas o boleras, haciendo en su honra estragos, prendiendo y atizando el fuego de la discordia en su casa, como saetas incendiarias que fueran a espetarse precisamente en las mismísimas ventanas del dormitorio de la alcaldesa.

Habría o no indicios acusadores, según se supo después, leves y poco consistentes; pero la detracción se encargó de ir vistiendo poco a poco el primer rumor, de ir ataviando y dando formas de gigante al muñeco: que a tanto alcanza y tanto puede la apicarada fecundidad de nuestro vulgo. La tonada, por lo demás, había caído bien, había hecho fortuna: era pegadiza, blanda y saltona y oíase en todas partes como trágala del Pilatillos del lugar, a los mozos en sus rondas nocturnas, a los niños, en coro al salir de la escuela, a las niñas, jugando al corro, y hasta a los gañanes y mochiles en la arada y en los revezos.

Las coplas, ni buenas ni malas, en opinión del boticario rezumaban su pizquita de mostaza, bien que se quedaran cortas, por no levantar ronchones en la medida por él deseada. El conjunto, sin embargo, decía, se puede oír, sin que sea, precisamente un dechado de sevillanismo puro y sal gitana de lo más fino y jacarandoso. Fué aquella una temporadita bien movida, a fe; las más de las noches, azuzados por los convecinos, enemigos políticos del alcalde, organizábanse los mozos en dos rondas con la sana intención de fastidiar a la primera autoridad y amargarle un poco la vida. El plan se llevaba a cabo con estudiada justeza y exactitud, como si una mano experta tuviera y moviese los hilos de la trama. Como el caserón de D. Gumersindo estaba en la plaza, centro a que convergían cuatro calles, fácil era disponer las cosas de forma que, al sentir moros en la costa, la serenata siguiera en uno de los grupos,

mientras los del otro se ponían en franquía. Tampoco podía el alcalde alejarse mucho de su base, pues veces hubo en que haciéndolo, vió cogida la retirada con peladillas del arroyo. En el pueblo todos, menos Gumersindo, sabían que no tiraban a dar; pero, por sí o por no, ellas zumbaban con fuerza como de venablos y era imponente su número.

En resumen, que, por lo regular, don Gumersindo se veía precisado a dejarlos enhoramala a sus anchas hasta las tantas de la noche, y así casi todas seguidas. Entre los mozos, cuatro había con voces atenoradas y claras que vibraban en los aires de las noches serenas que era un primor, digamos, una pesadilla fastidiosa para el alcalde, que maldecía encoraginado del acierto diabólico que en la elección de las voces y su distribución habían tenido. Cantaba una ronda:

La vara del alcalde
 Todo lo tapa,
 Menos si ella se esconde
 Bajo la capa.

aludiendo a las correrías nocturnas de D. Gumersindo, bien coreados los versos por todos, llevándose el compás con las palmas, y seguidos del característico ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! como estribillo.

Contestaba la otra ronda:

Eres como la novia
 De Gumersindo,
 Cuando ve calabazas
 Dice ¡qué lindo!

y todos a una:

Molinito del puente,
 ¡Qué buena harina!
 Si maquila no cobra
 La Catalina.

¡Tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! ¡tran! Y así por el estilo, pues no sé qué enemigo malo las ensartaba cada vez más expresivas y personales. Todo lo cual había creado una situación enojosa en el pueblo y agriado el carácter, como de sierpes a la primera autoridad; y si antes costaba Dios y ayuda, el imposible ablandar aquel yunque y sacarle un grano de trigo, en adelante sería hablar de lo excusado. ¡Un tormento! decía el alcalde, que agucen la dentadu-

ra, que se den dos palmaditas en la barriga y se mueran de hambre, o se encomienden al as de oros ¡Un tormento!

II

En Villalejos vivía un matrimonio que, como tantos otros, pasaba la pena negra y no le llegaba, como aquel que dice, la sal al agua. Quizá se había casado sin percatarse de que al tomar estado y salir del de soltería, se enredan las cosas de forma que no llega día sin problema a resolver ni ahogo que soportar. ¡Y ellos que todo lo habían fiado a su juventud, de solidez y resistencia de acero, a sus ganas generosas, crecientes de trabajar y a la Providencia que vela complaciente y como madre tierna, protectora compasiva del hogar!

Aquel invierno se presentaba con todas las de Caín, prometía ser de perros, después de un otoño tan breve como desapacible y de un verano escaso, mísero. El triste jornal, sobre inseguro, era insuficiente para llenar las necesidades más precisas e imperativas, y por mucho que se le estirase, nada de sí daba, aun dentro de la administración más parsimoniosa y tímida, José y Micaela,—este era el matrimonio de que hablamos—lo sabían muy bien, como que entrambos eran víctimas de la escasez y penuria, así como también sabían los esfuerzos de ambos a dos para no dar cata al otro de su sentir a este respecto, por no excitar sufrimientos vanos. José, por su parte y a la callada, había ya llevado a cabo insistentes tentativas para asegurarse la subsistencia durante el invierno. Hasta entonces todas habían resultado infructuosas. Todas habían costado un sacrificio a su corazón; mas ¿qué no estaría él dispuesto a sufrir por la amante compañera de su vida y por sus hijos? Micaela todo lo pasaba en silencio; pero cuando los pequeños pedían pan y no podía surtirseles de lo necesario, José perdía el sentido, no sabía lo que le pasaba, y escondía entre sus manos callosas el rostro por no ver las ansias de aquellos pedazos de su corazón.

Toda contrariedad parecíale llevadera, todo trabajo liviano, toda pena e incomodidad de momento y pasajeras, cuando le acaecía aquella que él consideraba extrema desgracia. El no podía explicarlo; pero allá dentro, muy en lo hondo, estallaba algo que le ahogaba, que le hacía un daño atroz y le atosigaba, sin conseguir que explotase, y aquel ahogo interior le oprimía, le oprimía, reduciéndolo-

le a una estrechez y aprieto indescritibles. ¡Por Dios! aquel niño que alargaba los bracitos desnudos desde el brizo y pedía la rebanada a su madre, hería el corazón de José como un puñal, llevando el aturdimiento a su ánimo y sumergiéndole ya para durante la noche en una pesadilla violenta, fatal.

La resignación de Micaela y su heróico silencio apreciábalos José como nuevos motivos que acrecentaban su dolor y las ansias que padecía. ¡Qué situación! era preferible morirse a presenciar las torturas de los seres queridos. En cuanto a él, bien se estaba todo no obstante haber llamado ya a muchas puertas y haberle despachado en todas partes enhoramala y con evasivas, cuando no con negativas rotundas.

Una mañana se levantó con una idea que le pareció salvadora de su precaria y angustiosa situación. Como idea que era nacida del mismo penoso insomnio de la noche, hízosele más práctica y expeditiva cuanto tenía más de aéreo e inconsistente el motivo en que se fundaba. Poco más de quince días eran pasados desde las últimas elecciones en Villalejos, pareciéndole muy natural sacar logro de la circunstancia de haber contribuído con sus votos al triunfo disputado al apadrinado por el monterilla del lugar. Y allá se fué a la casona de la plaza, pendiente del hilo endeble de su esperanza de poder salir con su honrado intento.

Ni el frío intenso que se hacía sentir en la calle, ni el lodo en que por varias veces se atollara, llamó la atención de José, así como tampoco los escasos transeuntes con quienes cruzara su saludo; solamente, al abrirse la puerta de la alcaldía, sintió la primera corazonada y temor de la negativa, cuando la criada que le franqueó la puerta, se le quedó fija mirándole con una sonrisa de conmisericordia, que era como decirle: ¡pobre hombre! ¡si supiera la puerta a que viene a llamar! Lo curioso del caso es que la quintañona no era mala, no; pero sí costaba un triunfo arrancar a su amo la mezquina soldadada ¿que sería obtener de su mano alguna caridad? ¡Había visto ella tantas veces salir descorazonados de aquella casa a los pobres! No obstante, José no se paró en estos escrúpulos y se decidió a esperar en el zaguán, en el sitio señalado por la sirvienta.

Entre tanto comenzó a dar vueltas a la gorra entre las manos, y en la imaginación, a la idea de ofrecer a Gumersindo, si era menester, en hipoteca la casa que habitaba él con sus hijos. ¡La casa que era de Micaela! Esta sola idea le martillaba el cerebro, como

un batán y le quemaba la sién; pero tal era de apremiante la necesidad, y el hambre, ni recapacita ni espera. En este acarreo encontró al infeliz el riquete, que no se hizo esperar mucho ante la codicia del lucro.

—Buenos días, D... Gumersido.

—¿Qué quieres, qué quieres? Buenos días, contestó al saludo, sin dar tiempo a José de terminarlo.

—Pues venía, D... Aquí se detuvo sin querer el pobre José; en casa del potentado comunmente le nombraban con don; fuera, ni el nombre de pila, a secas: bastábale de ordinario con el remoquete de *Ralladera* que parecía dinástico por haberlo llevado antes su padre y su abuelo.

—Pues venía don... Gumersindo, a ver si me hacía usted el favor de adelantar a cuenta de trabajo media carga de trigo; que esto y sin jornal, y ya ve usted, con familia y demás...

—¡Sí! ¡con el veranito tan abundante que hemos tenido! Se han creído muchos que soy algún rentista y van errados.

—Pero no faltará a usted para socorrerme en esa necesidad: mire usted que es muy grande. Al decir esto el pobre obrero, hacía girar entre sus dedos la gorra a la velocidad de un molinete poniendo los ojos en actitud que daba lástima y hubiera quebrantado los propios riscos. Pero Gumersindo, imperturbable, repuso luego:

—Mucho que sí; eso cuéntaselo a tu hermano, el mozo, que según mis barruntos, estaba con los de la zambra de anoche. Se crearán esos pazguatos que por sus coplas voy a perder el sueño; se equivocan, que cada cual tiene lo suyo y tres más nueve y, si me apuras, un poquito más.

—Ya usted ve, don Gumersindo, cosa de muchachos: yo le amonestaré... , contestó José en disculpa de su hermano.

—¡Sí! Ya le amonestará el cura el día que le lea los *pregones*...

—Pero yo y mi hermano votamos por usted, se atrevió a insistir humildemente José.

—¿Y te ofrecí, acaso, por el voto fanegas de trigo? ¡Eso faltaba! Ya lo decía yo, siempre ha sido igual, no falla: amistad de pobre, giro en contra. He dicho que no, añadió el epulón de Villalejos y... no; lo demás es música, mala y barata. ¡Larga! ¡larga!...

—José vió desvanecida su última esperanza y hubo de recordar la casa de su esposa como postrer resorte para suavizar aquel espino silvestre y ablandar las entrañas de Gumersindo. Sólo Dios sa-

be lo que costó a José gobernar sus pensamientos, que huían de ese como de un abismo. ¡La casa de Micaela! ¡Dios santo!

—Bueno, ¡congriol! dijo por fin José, quemando el último cartucho y como quien se zambulle en un baño de hielo: si no me lo presta usted a cuenta de trabajo, supongo no me lo negará sobre la hipoteca de la casa, y aunque sea con un sobreprecio si usted...

—¡Je! je! je! mugió el riquete: esa covachuela, esa gazapera entre lodazales no vale una ochava de trigo. ¿Para qué la quiero yo? ¡Je! je! je! sobreprecio ¿eh? sobreprecio: tres de a cinco y una de a dos, hacen diez y siete pesetas justas, contantes y sonantes, que me dieron ayer por la última fanega que vendí, o sean, sesenta y ocho reales molientes, corrientes y cabales. En cuanto a la casa, mejor es que no la mientes; es una mala conejera: sirve para tí... para Micaela... sí, Micaela ¡ja! ja! ja!... una de tantas como me han adjudicado en... las coplas... ¡Si pudieran hacerlo bueno!!! Oír esto José y lanzarse al monterilla, todo fué uno; pero éste se escabulló como una comadreja, sin parar, lleno de terror, hasta las habitaciones más reservadas,

Jamás se ha oído un terno más expresivo y retórico, tanto más de extrañar, cuanto que era proferido por un hombre tan ecuánime y ponderado como José; pero muy luego se reportó, no teniendo por conveniente seguir y estrangular aquel bárbaro, como fué su primera idea, saliendo de la casona bien recomido por dentro y ardiéndole la cara de vergüenza e indignación.

Cuando llegó a su casa de vuelta, ya encontró a Micaela en sus faenas de costumbre y a los pequeñuelos a su alrededor en espera del frugal desayuno. Pero nada sobrante había de la noche anterior, y si honda y penosa era la preocupación de aquella madre, por no poder remediar la necesidad de sus pequeños, era mucho mayor la que José llevaba pintada en el semblante, que, como de costumbre ocultó entre sus callosas manos. Con singular y certero instinto, como en tantas otras ocasiones, caló Micaela la tribulación de su esposo, que era recia, formidable. Cuando hubo éste de darle referencia breve de lo acaecido en la alcaldía, le dijo su mujer: mira, necesitados y todo como estamos, nunca hubiera yo consentido que fueras a semejante hombre. ¿Hay alguno en el pueblo que pueda gloriarse de una sola caridad recibida de su mano? A haberlo sabido yo, no das el paso que has dado, no.

De pronto Micaela se puso un pañuelo a la cabeza, y de allí a cortos momentos volvió con un pan envuelto en el mandil. ¿Lo ves?

dijo a su marido; las mismas piedras de la calle se convertirían en pan por el poder mismo del ángel de la guarda de tus hijos; y al decir esto, su mirada franca, confiada, diáfana, envuelta en oleadas de amor, era lo bastante para levantar los ánimos de un muerto. Tú no acabas, prosiguió, de arrestarte a ello y has de terminar por ahí. Te lo he dicho muchas veces: a Salamanca con los bártulos. Tienes casa, ocupación y jornal seguro, y todo ello ofrecido con buena voluntad ¿qué más quieres? ¡Será mejor que vayas a parar a las garras de *Ralladera*! Es un alcotán que ha desplumado ya muchos pájaros bobos: no sé cómo no aprendéis.

José miraba a la parienta como si, sobre lo ocurrido, tuviera ella autoridad para recriminarle por su acción, cuando podía él jurar que el único móvil de su aventura había sido acallar el hambre de sus hijos y de su mujer.

Y acá se vinieron, a Salamanca, huyendo de las dentelladas del hambre, que no respeta plazos ni treguas, y de las salpicaduras y rasguños en la honra, que, como el armiño, no sufre tizne alguno. Sólo unos rumores infundados, llenos de perfidia o ligereza, habían hecho perder el color a Micaela, y minado seriamente su salud; ¿qué hubiera sucedido, continuando allí expuesta o no, a los reales o supuestos asaltos del monterilla? Por ella, ciertamente no habría cuidado, que no era ni muda, ni manca para dar en todo caso la debida contestación a tales audacias o demasías, que bien había ella oído decir que el mejor jardín con seto de espinos se guarda; pero ya no hubiera sido tan hacedero y fácil poner guarda y freno a las lenguas maldicientes.

En cuanto a la casa de Salamanca, poca era la ventaja que sacaba a la de Villalejos: antigua cochera de una casa de hidalgos, parecía empotrada en el muro trasero del palacio de doña Rosa, último vástago estéril de aquel noble tronco, y dando frente a uno de los más geniales y airosos monumentos de nuestra arquitectura nacional.

Dos cuartos, la cocina, un pasadizo que comunicaba con la huerta, con honores, a la vez, de jardín, y un vano del viejo tejadillo que hacía de trastera, eran todas las las piezas y dependencias que en Salamanca ocupaba el matrimonio, y que debía a la munificencia de doña Rosa y a las gestiones del P. Juan. En ella se establecieron a satisfacción, dando comienzo a la brega, asidos y cosidos al trabajo diurno, que es ley santificante de la vida, y haciendo, con el menor alivio y aun a duras penas, la crianza de sus hijos.

Con el menor alivio, porque da la pícara casualidad de que éstos, si no salen a luz del seno materno a pares y cogiéndose del talón como los mielgos del Génesis, suelen ser tantos en los hogares pobres, que parecen su caudal obligado y único.

Tal era el caso de José y Micaela: apenas eran transcurridos tres años de su estada en la ciudad, y ya habían dado dos al mundo, total: cuatro retoños, dos niños y dos niñas. Y ¡cosa más particular! las dos niñas eran la viva estampa de Micaela, dos capullos de flor, tiernos, delicados, con la delgadez y galanura de las del almendro, que se atreven hasta con el rigor de las escarchas. ¡Cuidadas! cuantas más estrecheces y privaciones toleraban, tanto más resaltaban en ellas la gracia espontánea y gentil de la niñez y los encantos de la hermosura.

Respecto de los niños, ya era otro cantar: bien acusaban los músculos pronunciados y sarmentosos del padre, su color cetrino, parietales empinados, rígidos, ojos hundidos, pómulos salientes. Y con tantas boquitas y el encarecimiento de la vida—al pobre siempre parece cara—los haberes de José, regulados y ponderados hasta el cabo, apenas se estiraban a lo más imprescindible, por lo que hubo que pensar en ayudarse de otras industrias y diligencias.

Qué diligencias fueran éstas, te lo diré, lector mío, si no lo hubieres por enojo, que, si no devoción, respeto comedido, al menos, siempre me han inspirado el guante blanco y los perfumes con que regalas el sentido. El serón, la pala y la escobilla; he aquí los utensilios que José manejaba las horas que su trabajo ordinario le dejaba libres. Y no digo más, sino que de vez en vez oíanse en aquella humilde vivienda diálogos como la muestra:

—¡Arriba, arriba el serón...!

—Mujer, ¿te estorba ahí?

—Sí; supongo que no has llevado en él jabón de olor ni agua de Colonia.

En estos diálogos, por de contado, siempre salían triunfantes y horros la higiene y el buen sentido, que, de ordinario, se coloca al lado de la debilidad. Parece mentira, pero en aquella humilde choza todo se movía a impulsos de una sola voluntad, la de Micaela, que, no obstante ser tan callada, tan grave, tan menudita y humilde, sentía agrandarse su figura, agigantarse su ascendiente, como si fuera en el cuadro de aquella familia la figura solitaria y central.

III

Mas por entonces no sé qué malos vientos corrieron en la ciudad para los braceros; la acumulación y número de éstos multiplicó las dificultades y, como siempre acontece, el hambre se dejó sentir en el seno de las familias. Como remedio y panacea de semejante estado, uno mismo era el pensamiento de todos, una la aspiración general, y en la calle y de puertas adentro sonaba a cada instante la palabra fatídica y de soluciones salvadoras, a la vez; las Américas, Buenos-Aires.

Los pocos que de esta tierra habían pasado el charco atlántico, contaban y no acababan bienandanzas de por allá, y no era cosa de perecer aquí de necesidad, cuando tanto se fantaseaba acrecerseles a los emigrados la plata como por sueño y a espuestas. En muchos casos bien se rebelaba al principio la nota bravía del sentimiento casero y del amor al terruño que, por el pronto, no era tan difícil hacerse sordo al canto de sirena de la emigración. El amor doméstico, la inseguridad y zozobra de ese más allá que confina con el umbral de la propia casa, el temor de perder lo poco que se tiene por lo problemático e incierto, son lo bastante para desasosegar al más ecuánime y desaprensivo; mas después, a medida que se oye de esas ventajas, o reales o fantásticas, van haciendo eco peligroso en el interior, amenguando la fe en las postísimas razones que la emigración tiene en su contra.

Hasta que por fin se rinden atontados al canto de esa sirena que les incita y acucia a lanzarse tras el soñado vellocino de oro, primero, y a redada llena los desocupados u ociosos, los que sienten con laxitud los lazos de familia, después, ¡ah! después, hasta los más reacios y caseros llegan a sentirse empujados por la ambición o por el deseo de adoptar una postura más desembarazada y cómoda. La de José había llegado, cierto, a ser algún tiempo más pasadera y bonancible, sin los díceres y murmuraciones envenenadas de Villalejos; pero el aumento de familia había traído consigo las mismas apremiantes necesidades, idénticas mortificantes estrecheces y agobios.

Y no hubo medio humano de disuadir a José de sus resoluciones; los consejos del P. Juan, a quien debía la casa y la ocupación que le daba el pan de sus hijos, consejos tan desinteresados como sabios, hijos de la experiencia, y los instantes ruegos de Micaela,

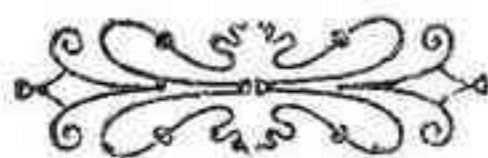
que veía en la separación el mayor de los sacrificios de su marido y propios, considerábalos éste como pruebas del deseo de evitarle sufrimientos y malestar: por lo que a todo hacía frente y contra todos se revolvía, con el silencio, cuando se veía concluído con razones, obrando, cuando el silencio sólo le parecía poco expeditivo. A Micaela, mayormente, tapaba muy luego la boca enrostrándole las privaciones de los pequeños: que a estos alegatos no hay madre capaz de hacer del que no siente.

En trances como éstos era de ver aquel padrazo, áspero y rudo pero amante de sus hijos, coger a uno de ellos, campanearlo bien en los aires, rodeado de los demás, y a vista de la parienta, canturrear para que todos le oyesen, esta endecha: os he de vestir a todos de señoritos, entendedlo bien, de señoritos. Al mes de estar allá libraré a tu madre cuarenta duros como cuarenta soles, sí ¡porreta! como cuarenta soles.

Micaela, por toda contestación, se retiraba a sus tareas, húmedos los ojos, como quien lleva clavadas la duda en el pensamiento y la pena en el corazón; que a éste se le nutre, sí, con deseos y esperanzas, pero al buen sentido no se le persuade ni acalla sino con hechos y razones.

Damián MORALES.

(Continuará).





Para el próximo número.—A partir del número próximo, comenzará el erudito Bibliotecario, nuestro colaborador D. Fulgencio Riesco, a dar a conocer a nuestros lectores un manuscrito inédito sobre la predestinación, original de un agustino del famoso convento salmantino.

— — —

Tríduo celebrado en las MM. Carmelitas de Salamanca en honor de la Beata Ana de San Bartolomé.—Estas edificantísimas religiosas dedicaron un solemnísimos tríduo en acción de gracias a Dios Nuestro Señor por la beatificación de la Madre Ana de San Bartolomé los días 12, 13 y 14 de los corrientes. Predicaron en los cultos de la tarde el R. P. Prior de religiosos Carmelitas de Avila, un padre josefino y el Director de PP. Agustinos de Calatrava, respectivamente. Con gran elecuencia y entusiasmo cantaron las virtudes de la humilde Secretaria de Santa Teresa, insistieron en la necesidad del espíritu de oración tan ponderado por el Sumo Pontífice en la beatificación de esta santa carmelita, espíritu de oración que no solamente hace santos sino que trae la felicidad de los pueblos.

El último día del tríduo celebró de pontifical nuestro Excmo. Prelado y predicó una oración, como todas las suyas, el muy elocuente señor Magistral de Salamanca. Por la tarde hizo también la reserva y entonó el *Te Deum* nuestro amadísimo Prelado.

A todos estos solemnísimos actos asistieron muchos fieles para rendir culto a la Madre Ana de San Bartolomé, colocada en los altares por la voz infalible de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Este convento de MM. Carmelitas de Salamanca conserva treinta cartas autógrafas de la nueva beata y un buen retrato que dimos a conocer con algunas cartas en los primeros números de esta revista en el corriente año.

— — —

Huéspedes ilustres en Salamanca y Alba de Tormes.—El día 14 por la noche llegaron a Salamanca sus Altezas Reales los Infantes D. Carlos y D.^a Luisa de Orleans con sus hermanos D. Raniero y D. Alfonso.

Inmediatamente fueron cumplimentados los egregios viajeros por las autoridades y la mañana del 15 la dedicaron a la visita de nuestros famosos monumentos, saliendo después de almorzar con dirección a Alba de Tormes, donde visitaron y oraron ante las reliquias de Santa Teresa, admirando también las obras de la Basílica en construcción.

Desde Alba continuaron sus Altezas su viaje con dirección a Madrid.

— — —

Las fiestas de Santa Teresa en Alba de Tormes y la inauguración de una sección de adoradores del Santísimo Sacramento.—Muy extensa relación de las fiestas celebradas en honor de Santa Teresa en la villa ducal nos envía nuestro activo e ilustrado corresponsal y como ya anunciamos los festejos y sermones en el número anterior, vamos a extraer lo que dicho señor nos comunica acerca de la inauguración de la sección de adoradores del Santísimo Sacramento que tuvo lugar en la noche del 16 de los corrientes, ya que no dispongamos de espacio para insertar íntegra la hermosa crónica.

Feliz acuerdo el de buscar la coincidencia de esta inauguración con las fiestas de Santa Teresa. Más de cuarenta representantes de las secciones de Madrid, Valladolid, Plasencia, Salamanca, Peñaranda y Ciudad-Rodrigo acompañaron a los nuevos adoradores. La bandera de honor fué bendecida por nuestro Excelentísimo Prelado y después de la solemne y devotísima vigilia, a las cinco de la mañana, celebró el señor Obispo el santo sacrificio de la Misa, comulgando en ella, después de los adoradores, más de doscientas personas. Acto seguido se organizó la procesión que salió de la iglesia de San Pedro, terminando en el templo de la Basílica de la Santa, adornada primorosamente y allí, junto a la mística Doctora, devotísima del Misterio de los Altares y patrona de la nueva sección de adoradores, se dió la bendición con el Santísimo y se hizo la reserva, mientras millares de voces cantaban, enfervorizados, el *Himno Eucarístico*.

Necrológica.—El día 25 del pasado murió en el Convento de MM. Carmelitas de esta villa, la respetable Madre Josefa Ignacia del Corazón de Jesús, en el siglo doña Josefa Ignacia Cuesta Núñez, natural de Vigo, de 86 años de edad y 59 de vida religiosa.

Fué dotada de un entendimiento nada común, siendo Priora tres veces y cuatro Subpriora; su trato era agradable y simpático, y su conversación hablar de Dios, siendo muy amante de su Sagrado Corazón; achacosa ya hacía varios años, era la alegría del Convento y sus palabras, Dios se lo pague, cúmplase la voluntad de Dios, cuando se la preguntaba ¿qué hace la viejecita?; conversaba siempre suspirando por Dios y lo único que habló en su última enfermedad, fué que quería ir al cielo.

Que en él esté la deseamos, asociándonos al dolor que aflige a la Comunidad de MM. Carmelitas que en menos de seis meses ha perdido tres ejemplarísimas Religiosas.

Visitas y peticiones hechas a Santa Teresa durante Agosto y Septiembre.—Santa Teresa, te pido la salud de mis tíos. José Gómez Lorenzo.

Santa, que llegue a ser sacerdote. Higinio Cuadrado Sánchez.

Santa Teresa, te pido salud para mis padres. Angel Bailón.

Santa Teresa bendita, concédeme lo que más necesite para la salvación de mi alma. Andrés Fernández.

Santa Teresa bendita, te ruego me concedas lo que con tanta ansia te pide tu entusiasta y devota. Esperanza Rodríguez.

Santa mía, concededme la gracia que sabéis necesito para mi salvación, la de mi esposo y la de mis hijos, y que mi hermano Pelegrín tenga acierto en la elección de estado. Pilar Mora.

Santa Teresa de Jesús, te pido salud y suerte en mi oficio y salud en mi vida. Pelegrín Mora.

No me abandones, Santa mía, y protege a mis padres y hermanos; concedenos cuantas gracias necesitemos y no nos dejes morir a ninguno de mi familia sin sacramentos. Florina Elena.

Santa mía, apiádate de mi vista y concédeme volver muy pronto a verte, te lo pide con mucha fe. Carlota Elena.

¡Excelsa patronal, concede a tu hijo poder ofrecer en tus altares la Hostia inmaculada. Estanislao María Ejido.

Viva la religión. Gervasio de la Fuente.

Que España se regenere. Román Danoso.

¡Santa Teresa de Jesús, compatrona de España! El olor de tus virtudes me ha convidado a venir a contemplar tus sagradas reliquias, alcánzame que arda mi corazón en el fuego en que el tuyo se abrasó. Pascual Martín de Mora, párroco de San Pedro de Toledo.

Sancta Theresia, ora pro me. P. César Morán.

Santa bendita, bendice a tus hijas de Ciudad-Rodrigo y comunícanos tu espíritu. Amalia del Corazón de Jesús.

Amable Santa Teresa,—Graciosísima Doctora,—Pide al amable Jesús,—Que adelanten en virtud,—Las maestras de Zamora. Josefa Crespo.

Hermosa Santa Teresa,—Ruega por las zamoronas,—Que amen mucho a tú Jesús,—Y guarden puras sus almas. Angela Martín Cabezas.

Santa Teresa bendita, rogad al Señor por las almas de mis parientes difuntos, especialmente por el almica querida de mi hijito Salvador. Vuestro humildísimo siervo, Jesús Rodríguez.

Amada Santa Teresa, ruega al Señor por tus devotos y concede al Reverendísimo P. Abad y Comunidad de Silos gran espíritu religioso y amor a su estado. Fr. D. Serena.

María Teresa R. Brussi de Partearroyo.

Santa Teresa de Jesús, ruega por nosotros, por mi familia, por mis amigos y conocidos y bienhechores. Ruega por España, ruega por América y en especial por Venezuela, y por las misiones de la Orden. Alba, 25 Agosto 1917. Fray Frostán de Rionegro, Misionero Capuchino.

Los Marqueses de la Guardia.

Haz que España pueda conservar la neutralidad en la guerra mundial. Juan M. Castaño.

Santa bendita, si es voluntad del Señor hazme pronto buena religiosa y dame mucho amor de Dios, tu devota que te pide bien espiritual. Anita Reyes.

Bendita Santa Teresa, te pido hagas una santa a nuestra madre. Sor Gertrudis Pérez.

Pido fervorosamente a Santa Teresa de Jesús, me conserve y aumente siempre la fe. Nicasio S. de la Vega.

Santa Teresa, intercede por nosotros y por nuestros hijos, para ser verdaderos católicos. Inés Marcos.

Santa bendita, te pido que termine la guerra y que nos des salud. María Blázquez.

Santa Teresa, protege a una huérfana que a los dos años ha perdido a su madre idolatrada. Inés Allú.

María Guerrero, María O'Donnell de Díaz de Mendoza, Fernando Díaz de Mendoza, Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero.

Pilar L. Montenegro de L. Montenegro, María L. Montenegro.

Pido a Santa Teresa de Jesús la perseverancia de mis tres hijas y que arregle que entren en la misma orden las seis que me quedan y para nosotros que como padres de nueve hijas y tres hijos, nos alcance de Dios Nuestro Señor el morir en su gracia y que alcance de igual modo para todos los RR. PP. Carmelitas Descalzos, ídem para las reverendas Madres de la misma Comunidad y en general bien para todos. Francisco Menéndez.

Concédeme lo que de corazón te pide y si así lo haces te prometo volver a visitarte con mis todas hijas. Alicia Pacheco.

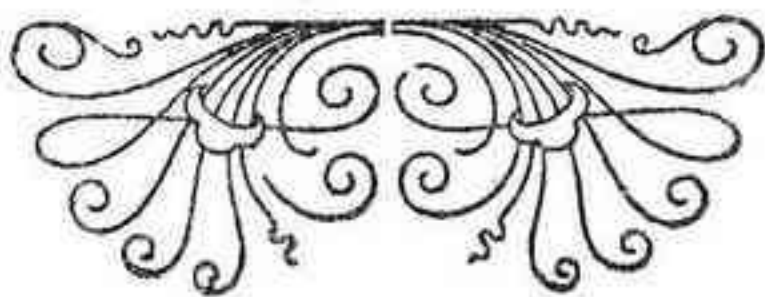
Dorotea Bustillo, Josefa Sevillano, Lola Valls.

¡Santa Teresa bendita! Un saludo te traigo del sepulcro del Apóstol Santiago. ¡Tú tan generosa y bien nacida, dame otro saludo para aquel insigne evangelizador de nuestra Patria, y de la fusión venturosa de los saludos recíprocos de los dos compadres de España, brotará un tercer saludo dirigido a esta querida Nación, que será el mejor auspicio del resurgimiento de grandeza y la dicha que todos ardientemente anhelamos! ¡Santiago, por los españoles! ¡Santa Teresa, por las españolas! Andrés A. Polo, Canónigo de la S. A. M. I. de Santiago.

El Sr. Obispo a Roma.—En prensa este número, nos enteramos de que el Sr. Obispo, nuestro amado Pastor, sale para la Ciudad Eterna con objeto de hacer la visita *ad limina*.

Lleve feliz viaje nuestro Excmo. Prelado y unamos nuestras oraciones a las suyas para común provecho de esta diócesis.

LA BASÍLICA TERESIANA, al desearle felicísimo viaje, hace votos por el glorioso pontificado de nuestro Santo Padre, el único Romano Pontífice que ha visitado Alba de Tormes y las reliquias venerandas de nuestra gran Santa Teresa.



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BÁSILICA EN ALBA DE TORMES ⁽¹⁾

	<i>Pesetas</i>	<i>Cts.</i>
<i>Suma anterior</i>	19.205	85
Recibido de la Sra. Marquesa de Llén por donativo de la Asociación de Señoras Teresianas de Salamanca.....	1.133	40
Recibido del Excmo. Sr. Conde de Cerragería por su donativo anual.....	2.000	»
Recibido de D. ^a María Teresa de Zabaliuchaurreta, de Bilbao...	25	»
Recibido de D. ^a Mercedes Zunzunegui, de Portugalete ..	25	»
Idem de D. Vicente de Urigüen, de Bilbao por donativos de doña María Jesús de Aróstegui, de Bilbao, 25 pesetas; de doña María Concepción de Aróstegui, de Rochelt, de Bilbao, 15; de D. ^a Rogelia de Urigüen, Viuda de Escalante, de Santander, 15, y del de D. Vicente Urigüen, 15, que en junto suman.....	70	»
TOTAL	22.459	25

(1) Se reciben en el Palacio episcopal, oficinas de Secretaría.

A nuestros suscriptores.—Desde esta fecha se ha comenzado a cobrar, en la forma acostumbrada, la suscripción de esta Revista correspondiente al año actual.